

Guadalupe se presentó en la capilla de San Felipe desistiendo de sus lágrimas.

— La jura dio solamente una sola de las causas
por ese madero que es el motivo de mi existencia!

entregarte á la misericordia de ese Señor. **IX.** y se acuerda andar segundo de su hermana, presa de una aflicción terrible.

Sätigkeiten ab in celle, welche, einzutreten, es sich in der Tat um die am ersten

que dura siempre la memoria de sus padres.

—Diríx je qđđo à capello Si wumento, Arles à situation à Gangaquelle de
Jor Plazaas gel Gantillière; Je bastido bora siembla, es necesario se javeles!

CAPITULO TERCERO.

CAPITULO TERCERO.

EL GENERAL EDUARDO FERNANDEZ

L.

Aquellas chusmas hambrientas y cubiertas de harapos que habian vivido durante cuatro años en la miseria mas horrorosa.

Aquellos grupos de hombres que no habian pasado un solo dia sin disparar su mosquete, se organizaban en cuerpos de ejercito y ya habian alcanzado multitud de victorias en los campos y sierras de Michoacan, mientras que sus compañeros de los otros ángulos de la nacion, rehacian sus filas y combatian diariamente al enemigo comun, que falto de moral y de aliento, cedia el terreno palmo á palmo en una derrota anticipada.

Porfirio Diaz habia burlado su prision y Oajaca sintió estremecerse al escuchar los cascos del caballo de batalla del jóven héroe.

La frontera estaba incendiada.

Escobedo y los otros caudillos atacaban las plazas y ponian en conflicto al imperio.

Riva Palacio se armaba, y posesionado de los pueblos de Michoacan, se lanzaba con la velocidad del rayo sobre las ciudades, haciendo presas magnificas de hombres que se tenian como el sostén de la intervencion y del imperio.

En el Pacífico, Corona, con Granados, Toledo y Martínez, tenía en jaque á los franceses y amagaba á Lozada, después de una sucesión de triunfos increíbles por la audacia y la pericia militar.

Esto pasaba después que García Morales y Sánchez Ochoa hicieron huir desmantelada a la magnífica fragata de guerra "la Cordeliere" en las aguas de Mazatlán.

Tabasco no había visto flotar en sus palacios la bandera de los grifos, y se sostenia heróicamente delante de una escuadrilla sin ceder un solo momento ni abdicar de su credo republicano.

Jiménez, el virtuoso, el valiente, el modesto general suriano, foco donde convergían la juventud y el patriotismo de los hijos del Estado de Guerrero, luchaba en las inaccesibles montañas de esa zona privilegiada; mientras que Altamirano y otros jefes expedicionaban con éxito en toda la *Tierra Caliente*.

Las guerrillas asediaban la capital del imperio á una legua de distancia, llegando su arrojo hasta el grado de haber esperado bajo los arcos del acueducto á que pasase la carroza de los archiduques para arrebatarlos al trono y llevárselos como una ofrenda al presidente de la República.

Todos aquellos héroes que no pensaron nunca en reconocer al imperio, ni se marcharon fuera del país aterrorizados al choque de las armas francesas, formaban el núcleo de la reaccion republicana, que á pesar de tanta derrota y descalabros se anunciaba vencedora en el porvenir.

La nave de la república llegaba sobre un mar inquieto de sangre á las playas de la victoria.

La diplomacia aun no resolvía la cuestión; pero en México acontecía lo que en el estadio de los griegos, el pueblo conocía á la sola vista de los gladiadores por quién se decidiría el triunfo.

Mientras la Francia sostuviera con sus bayonetas el trono, la guerra se prolongaría indefinidamente.

Luego que ese apoyo faltare, cediendo á su peso de gravedad se derrumbaría entre los escombros de la intervención.

Sousape con la otra en el lado de Gaspesie a un los jardines de Quebec que se extiende por las sotanas por una milla.

His various solutions & processes besides pictures show how a person's feelings & body can be changed by the coffee he uses.

El sucesor de Abraham Lincoln, libre ya de los temores de una guerra intestina, había abierto la cartera de relaciones y resuelto energicamente en nombre del pueblo de los Estados Unidos los asuntos de México, so-

riendo con desden al ver en las notas el candor con que el primer hombre del Estado, Napoleon III, había amenazado á la raza anglo-sajona y querido borrar de los protocolos de la Unión la doctrina Monroe, como había destrozado el Código republicano el 2 de Diciembre de 1852.

Los hombres que se habían comprometido en el negocio del imperio comenzaban á levantar el campo, y los especuladores que dos años antes llegaban en parvadas en pos de los millones del empréstito, tornaban á Europa como las golondrinas á los primeros soplos del otoño.

Estas fugas ponían de peor condición los asuntos y despréstigian al imperio, haciendo perder la fe aun á los más acérrimos defensores de la monarquía. La balanza se inclinaba, y ya Paso del Norte comenzaba á dárse como la estancia accidental del presidente de la República.

Corrian muchos rumores acerca del enganche del cuerpo austriaco y la retirada del ejército francés; aunque nada aparecía en los diarios oficiales. El momento de la crisis se aproximaba, y el imperio y la república se preparaban, como un piloto al ver una nube en el horizonte que pronto debe cerrarse en los soplos de la tormenta.

Aquellas desesperanzas propias de un desastre abarcaban todo el norte de Europa.

El general Eduardo Fernández había sabido que su novia era dama de honor de la emperatriz Carlota. Eduardo no había dicho una sola palabra, se propuso olvidar á aquella muger. Como todo enamorado, levantó castillos en el aire, se le figuraba que la corte de Maximiliano era igual á la de Luis XV, en que el desorden y la corrupción formaban la atmósfera de Vincennes.

Le parecía ver á multitud de caballeros galanteando á la dama y dándose de estocadas por una sonrisa, por una mirada.

Sonaba con las citas en el bosque de Chapultepec y en los jardines de palacio, billetes amorosos y besos en las manos, serenatas y todo ese escándalo de las cortes europeas. Si hubiese llegado á las puertas del palacio y hubiera visto unos modestos chambelanes atrojados con el uniforme y las condecoraciones, estar sumisos á la orden del ceremonial, sin levantar la voz ni aventurar una

palabra, mudos, como los desgraciados guardias palatinos, temiendo incurir en faltas de sociedad; como cuando un indígena se llega al estudio de un abogado, pareciéndole que va á estrujar las alfombras y permanece confuso en presencia de su patrono.

Si hubiera pasado á las antecámaras de Carlota de Austria, se hubiera desengañado al ver á las damas hablando en secreto sobre la austeridad de la emperatriz, y riéndose por lo bajo con el estropeo que del idioma hacían los soberanos.

La verdad exige confesar, que en los salones jamás hubo una escena indecorosa por lo menos que llegase al dominio público.

La corte de los archiduques no podía semejarse á las europeas, estaba pobre como la de Enrique el Doliente.

IV.

Eduardo estaba en una desesperación horrible.

Mientras mas parecía alejarse aquella muger, que era el sueño de su cariño, mas acrecía su pasión.

Los celos le devoraban. Un dia recibió carta de Luz; hizo un esfuerzo supremo y la quemó. Habían pasado algunos meses, cuando uno de sus soldados que había caido prisionero en poder de los imperiales, se le presentó en su alojamiento.

— Mi coronel, le dijo, traigo cartas de México. Aquel soldado ignoraba el ascenso á general.

Eduardo tomó una carta sellada con lacre negro.

Reconoció la letra de Luz. Su corazón dio un vuelco terrible.

— Este lacre negro, dijo para sí, será porque ha muerto el señor Fajardo, es un enemigo menos. Puede que doña Canuta sea la difunta, entonces la ganancia es mas grande. Pero yo no debo abrir este sobre, esa muger me ha humillado, yo necesito arrojar lejos de mi este papel, y sacando la cartera la guardo con gran cuidado.

Aquel capricho de amante, lo salvó por aquel momento de recibir una intensa y terrible pesadumbre.

La carta de Luz decía así:

"Eduardo, mi hijito, si te pides que te cuente la historia de mi vida, te diré que yo nací en un hogar de mis padres, que eran pobres, pero honestos y trabajadores. Mi madre murió cuando yo era muy pequeño, y mi padre se quedó solo conmigo. Yo crecí bien, pero cuando cumplí los diez años, mi padre se marchó a trabajar a la tierra, y yo quedé solo en casa. Con el corazón ahogado en lágrimas te escribo estos renglones.

Has pagado el tributo doloroso que la naturaleza nos impone á los hijos.

Tu buena madre ha dejado de existir.

Yo me he creido siempre su hija y cumplido con mis deberes.

La he llorado por tí y por mí.

Adios! si en estos momentos supremos de tribulación, te puede servir de consuelo el recuerdo santo de mi cariño, no olvides que te amo mas que nunca.—Luz."

En el mismo sobre venía una carta escrita en los últimos momentos, por la mano trémula de la madre del guerrillero.

"Hijo mio;

Las aflicciones de que he sido víctima estos cuatro años, han acabado por abrir mi tumba... ya no me volverás á ver.

Dios me ha enviado un ángel que reciba mis últimos suspiros, ese ángel de bondad, es Luz, de cuyo amor no puedes dudar.

Esa pobre niña me ha hablado siempre de tí, alimentando una esperanza que hoy se pierde en mi sepulcro... mis labios no volverán á posarse sobre tu frente!...

Voy á decirte mi última palabra.

Si quieres que yo baje tranquila á la tumba, ofrécame que Luz será tu esposa, esta es mi voluntad; es la voluntad de quien te ha dado el ser y te consagra todo su amor en los posteriores instantes de su existencia.

Adios, hijo mio!... sé bueno, no viertas la sangre de tus semejantes... desde aquí te bendigo... yo...

La carta estaba interrumpida.

La mano que había trazado aquellos renglones se había paralizado....

La muerte no permitió á la madre estampar su nombre, donde los labios de su hijo se acercaran con angustia y veneración.

—No se mete en batallas

—No señor, me tienen confundido desde su nacimiento, los pechos como á mis hijos.

V. La jardinería apasionada
Y—

El pobre soldado ignoraba su desgracia, no sabia que al llegar á México encontraría su hogar abandonado, ¿quién de devolvería á la madre de su corazón? — Cuando llegase la hora halagadora del triunfo, cuando todos tornaran al seno de sus familias, ¿qué haría el pobre guerrillero solo en el mundo, sin aquella sombra bienhechora que lo había amparado en los dulces años de su niñez y en las tormentas agitadas de la juventud?

Aquella madre abandonada, foco de aficiones continuas de dolores sin nombre, era una de tantas víctimas ofrecidas en el sangriento altar de la revolución.

—No teme usted, pase por aquí, dijo Eduardo, decíale mis respetos a sus amigos, lo que dice es verdad y escríbelo en ese papel que le dejo.

—Todo lo que diga es la voz de su hermano.

VI. Los soldados de la muerte

Eduardo estaba algo tranquilo, acariciando aquella carta, luchando con el deseo immense de abrirla.

¡Sarcasmo terrible del destino!

Aquella cubierta era una arca en que estaba depositado un mundo de dolor y de lágrimas, y aquel hombre creía que guardaba el cielo de su amor y de sus esperanzas!

—Mi general, dijo un ayudante, tenemos dos altas en el regimiento.

—Está bien.

—Un anciano que trae á dos jóvenes quiere hablar con usted.

—Que pase.

Un hombre como de cincuenta años, estenuado, con la barba crecida, traía á dos jóvenes que desde luego se notaba que eran gemelos.

El parecido era admirable.

Los dos tenían la misma estatura, los ojos negros, la frente despejada, la nariz correcta y un bozo determinado.

Aquellos jóvenes interesaron vivamente al general.

—Qué se ofrece, señores?

—Presento al señor general, dijo el anciano, á estos dos niños que quieren servir en el ejército republicano.

—¿No es usted su padre?

—No señor, me fueron confiados desde su nacimiento, los he cuidado como á mis hijos.

Los jóvenes abrazaron al anciano. V

—Y qué motiva esta presentación?

—Señor, dijo uno de ellos, mi padre que está presente y que es el único á quien reconocemos, no puede ya trabajar para mantenernos. Las haciendas están abandonadas y no es posible cultivar los campos.

—Ademas, dijo el otro gemelo, que deseamos servir á la causa de la independencia, hemos creido hacer carrera, tenemos valor y deseamos distinguirnos.

—Sobre todo, añadió el primero, devolver á nuestro buen padre los sacrificios que ha hecho por nosotros.

El anciano se puso á llorar.

—No tema usted, buen hombre, dijo Eduardo, declaro mis ayudantes á estos dos muchachos, yo los cuidaré mucho y sacaré unos hombres de provecho; vuelva usted á su casa, donde le remitiré la mitad del sueldo.

—Todo! gritaron á la vez los gemelos.

—Los arranques de estos muchachos, pensó Eduardo, se parecen mucho á los de mi querido Pablo Martínez.

—En la órden del dia se dará á reconocer á Juan y Simón Torreños, como ayudantes del general de brigada Eduardo Fernández.

—Mi General, dijo un ayudante,

Si quieren que yo haga trámite para que se les dé sueldo,

Ustedes tienen que tener conmigo

—Otra noche como ésta

Ustedes tienen que tener conmigo

Ustedes tienen que tener conmigo

—Otra noche como ésta

Ustedes tienen que tener conmigo

—Otra noche como ésta

Ustedes tienen que tener conmigo

—Otra noche como ésta

Ustedes tienen que tener conmigo

—Otra noche como ésta

Sobre la mesa aparecieron el vellón y una copa de agua y se sentó al lado de Jesusina la mujer que él apreciaba como su mejor amiga.

Por las noches se acostaba en el chichón que llevaba en su cama y se acostaba en la cama de su hermano que vivía en la casa de su hermano.

La noche pasada se quedó dormida en la cama de su hermano que vivía en la casa de su hermano.

Allí todo es fresco, sencillo, tranquilo y a gusto.

También es el barrio del Valle.

La mañana del viernes llegó la señora de su hermano que vivía en la casa de su hermano.

El general D. Tomás López se quedó dormido en la cama de su hermano.

Deseabedid se quedó dormido en la cama de su hermano.

Que hoy es sábado de santo y no se quedó dormido.

Las bambalinas que se quedaron dormidas en el otro dormitorio.

Por la noche se quedó dormido en la cama de su hermano.

El viernes del viernes se quedó dormido en la cama de su hermano.

El teniente coronel Martínez comprendió desde luego que sería seguido con tenacidad por los agentes de Maximiliano, una vez que se supiera la ausencia de Guadalupe.

El guerrillero no se había engañado.

El capitán austriaco y su gente tomaron el camino que les pareció más probable que hubiera elegido Pablo Martínez, mientras éste se dirigió á todo escape rumbo á la ciudad de México, hasta detenerse en San Agustín de las Cuevas.

San Agustín Tlalpan es uno de los pueblos mas hermosos del Valle de México.

La ciudad está escondida en un grupo de peñas y de árboles.

Parece un nido entre las ramas de un fresno.

Su paseo del Calvario es bellísimo.

Todos los jóvenes que viven en el pueblo son puros.